

NOTA BIBLIOGRAFICA

El Excmo. señor don Juan Gualberto López Valdemoro y de Quesada, conde de las Navas, individuo de número de la Real Academia Española, ocupa un puesto señalado entre los escritores castellanos contemporáneos.

Ha tratado los asuntos más desemejantes entre sí, y producido obras que no parecen salidas de un mismo cerebro: pacientes y eruditos estudios bibliográficos, ensayos históricos y críticos, novelas, teatro, cuentos y chilindrinas. Mas todos estos productos tienen como marca de fábrica lo castizo del pensamiento y la forma, la riqueza de vocabulario y de giros, y aquel gracejo, con punta de ironía, propio de los autores españoles, sin excluir al más encumbrado de los místicos: la incomparable santa Teresa de Jesús.

Merece parabienes el señor conde de las Navas, por varios títulos: por los libros con que ha enriquecido el opulento tesoro de la literatura castellana; porque, a los setenta y cuatro años de nacido, conserva de la mocedad el vigor físico, lo vivo de la fantasía, el calor de los afectos; y por el cargo que en el real palacio desempeña. El escribió hace poco: «Tengo para mí que es preferible haber sido balletero de maza de don Pedro I de Castilla que mayordomo mayor de Carlos II». Y no es servidor de un soberano *cruel*, ni de otro *hechizado*, sino bibliotecario mayor de don Alfonso XIII, el rey caballero que se ha ganado las simpatías y el cariño de estas democracias hispanas, encaramadas en los hombros o recostadas en la falda de la cordillera andina.

El último libro del conde de las Navas lleva el

humorístico mote de *Obras incompletas* (1); y es un florilegio de cuentos y chascarrillos, como dice la portada, «propios y ajenos»; inventados unos por el autor, recogidos otros de boca del pueblo y vestidos con ropas más o menos literarias. Varias de estas anécdotas, como las tituladas *Promesa*, *Lila*, *La sensitiva*, *Los tres emperadores y el campesino*, son, de tiempo atrás, muy conocidas en Colombia. *Los dos pulpos están* en *Polyglot Reader*, libro en que aprendí hace sesenta años a traducir del inglés. Figura la titulada *Las tres potencias* como hecho histórico. Más histórico de lo que piensa el autor, porque aconteció, no sólo en Aragón, sino en la sabana de Bogotá. Hallábame en vacaciones en una hacienda vecina de Chía, y envié a un indiecito a que me llevara de la ciudad un tomo de Prescott. Volvió el muchacho cariacontecido y mohino, porque había querido leer en el libro, y «las letras se le confundían y no lograba sacar ni una palabra».

Lo de que *Obras incompletas* tengan mucho material ajeno—como el autor lo advierte lealmente—no les quita, ni les merma siquiera, el mérito indisputable. En las obras de imaginación, el asunto es lo de menos; el desempeño lo hace casi todo. Las fábulas de Samaniego son las mismísimas de La Fontaine; algunas del poeta francés se hallan en *Buen Amor* del arcipreste de Hita; antes fueron de Fedro y más remotamente de Esopo. Cada año, en todos los teatros de España, se representa con aplauso el *Don Juan Tenorio* de Zorrilla, sin que lo impidan las sombras ilustres de Byron, Molière y Tirso de Molina.

No todas las narraciones del conde de Las Navas pertenecen al género festivo. *De Cuba al cielo* es una

(1) Madrid, 1929—Tipografía Católica, de A. F.—San Bernardo. 7. 323 páginas en 4.º

tragedia en miniatura que pone en el pecho del lector hondo sentimiento de pesar y lástima. En *Moras de zarza*, la inocencia y el candor de un niño apagan un corazón hirviente de odio y apetito de venganza. Ejemplos conmovedores de fidelidad no faltan en el libro de que vengo tratando; ni censuras a los curanderos metidos a médicos hasta con auto-láurea de doctor, y a la esterilidad de los cuerpos legislativos. Aquí suelen oírse quejas semejantes contra el Congreso; pero es lo cierto que cuantas veces en Colombia se ha llegado a suprimirlo han sobrevenido tremendos sacudimientos sociales, y el remedio nos ha resultado peor que la enfermedad.

Algunos de los cuentos del conde, tomados de las consejas populares, no tienen por teatro ésta, sino la otra vida, y por personajes los ángeles buenos y malos, los santos del cielo, y aun el soberano Creador del universo. Si tales historietas se hubieran compuesto con ánimo de mofa a los sagrados dogmas de la fe merecerían ser tachadas de irreverentes y aun de blasfemas; pero son, por lo contrario, muestra de las arraigadas e ingenuas creencias del pueblo español. Autores tan timoratos como Trueba y Fernán Caballero divulgaron muchas de ellas; y el mismo P. Coloma refiere los dichos y hechos de san Pedro cuando llegaron a la gloria sus dos hermanas: una casada y otra monja, aunque olvidó anotar si esta última pertenecía a la orden de santa Clara o a la reforma de santa Teresa. No diré lo mismo de cierta áspera historia de brujas que aparece en *Obras incompletas*. Si se suprimiera en segunda edición, el libro no perdería nada de su mérito.

El mayor éxito de un novelista es la creación de caracteres; y la literatura española, en este particular, tiene verdaderas obras maestras. Aun sin contar a los dos héroes inmortales del *Quijote*, es lo cierto que, por ejemplo, la *Asistenta* de Fernán Caballero, *El Capitán Veneno*

de Alarcón, *Chisco* el de Pereda, nos son más conocidos que algunas de las personas con quienes tenemos íntimo trato cotidiano. Se me figura que ha de ser menos difícil retratar un personaje en una novela, de trescientas páginas, rica de peripecias, que en un breve cuento, de cien líneas de extensión. El Conde de las Navas, dibuja física y moralmente al coronel de inválidos don Tomás Pasalimas, en una minúscula anécdota, con vigor y colorido extraordinarios,

El ejemplar de *Obras incompletas* con que su ilustre autor tuvo la fineza de obsequiarme hame brindado, en medio de las dolencias corporales que me aquejan, ratos de sabroso esparcimiento y por lo mismo, de alivio. Reciba el señor conde de las Navas la expresión de mi agradecimiento.

R. M. C.

MORAS DE ZARZA

Todas las mañanas, después de bañarme en la playa de Palmera, daba yo un gran paseo, cumpliendo la prescripción del médico. Entre aquéllos, prefería, casi siempre, subir, por el lado del mar, la agria cuesta de *La formiga*, para embobarme contemplando la inmensidad del Cantábrico desde las ruinas del Fuerte de San Martín.

Aquel verano fui a Carreño sin otra compañía que media docena de buenos libros. Muy pronto acabé de leerlos y, por no tener a mano otro pasto espiritual, volví a hojearlos, recreándome singularmente en la *Collección de los viejos romances que se cantan por los asturianos en la danza prima, esfoyazas y filandones*.

De cuantos recopiló Juan Menéndez Pidal, en este interesante volumen, hay un romance que me cautiva,